

Joaquín Montes Bardo

El solar del privado

Diálogos humanistas en la Úbeda del Renacimiento



UNIVERSIDAD DE JAÉN

Joaquín Montes Bardo

EL SOLAR DEL PRIVADO

Diálogos humanistas
en la Úbeda del Renacimiento

Prólogo

IGNACIO AHUMADA

Introducción

ANTONIO ALMAGRO



UNIVERSIDAD DE JAÉN

Montes Bardo, Joaquín

El solar del privado: diálogos humanistas en la Úbeda del Renacimiento/
Joaquín Montes Bardo ; prólogo, Ignacio Ahumada ; introducción ,
Antonio Almagro. -- Jaén : Servicio de Publicaciones, Universidad de
Jaén, 2010.

256 p. ; 24 cm (Desde Jaén)

ISBN 978-84-8439-531-7

1. Historia del arte 2. Arquitectura religiosa 3. Renacimiento 4. Úbeda
I. Ahumada, Ignacio, pr. II. Almagro, Antonio, int. III. Universidad de
Jaén. Servicio de Publicaciones, ed. IV. Título. V. Serie

72.034 (460.352Úbeda)

860-34 (460.352Úbeda)

© Joaquín Montes Bardo

© Imágenes: 27, 31 y 79: Fundación Casa Ducal de Medinaceli-Sacra Capilla del Salvador-
Úbeda; 71: Fundación Lázaro Galdiano (Madrid); 39, 40, 68, 78 y 101, Ministerio de Cultura-
Instituto del Patrimonio Cultural de España Catálogo Monumental de Jaén; 26: The J. Paul Getty
Museum-Los Ángeles (EE. UU.) y 37: José Luis Latorre Bonachera. Del resto de imágenes:

Gloria Latorre y Álvaro Montes.

© Ignacio Ahumada

© Antonio Almagro

© Universidad de Jaén

Primera edición, noviembre 2010

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Servicio de Publicaciones

ISBN

978-84-8439-531-7

DEPÓSITO LEGAL

J-888-2010

EDITA

Publicaciones de la Universidad de Jaén
Vicerrectorado de Extensión Universitaria
Campus Las Lagunillas, Edificio Biblioteca
23071 Jaén (España)

Teléfono 953 212 355 – Fax 953 212 235
servpub@ujaen.es

IMPRESO POR

Gráficas «La Paz» de Torredonjimeno, S. L.
Avda. de Jaén, s/n

23650 Torredonjimeno (Jaén)
Teléfono 953 571 087 – Fax 953 571 207

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra».

PRÓLOGO

El saqueo de Roma en 1527 por las tropas de Carlos de Habsburgo nos sitúa, con toda probabilidad, ante uno de los acontecimientos con mayores consecuencias para la historia de Europa. Hubo por entonces muchos más silencios que voces de condena o justificación. Los cambios no se produjeron de inmediato, pero la envergadura de los hechos llevó al papado y a los príncipes cristianos a un punto de inflexión sin precedentes.

Por muy diferentes motivos la atención de Europa, al menos desde las últimas décadas del Cuatrocientos, se había centrado en la península itálica. El atractivo no radicaba solo en los intereses dinásticos o estratégicos de Francia o España. El despertar de la cultura clásica había deslumbrado por completo a los jóvenes artistas y estudiosos de las monarquías del entorno. En el centro de este escenario, los Estados Pontificios (*Roma caput mundi*) con las prósperas repúblicas de Florencia y Venecia. El Milanesado y el reino de Nápoles, sujetos ambos a las acometidas de españoles y franceses. Más en la distancia, pero sin bajar la mirada, el Sacro Imperio Romano Germánico y los Tudor. Expectante, pero cada vez más cerca, la amenaza turca. ¡*Ecce!*

En la etapa anterior la monarquía de los Reyes Católicos había desarrollado una política internacional fuera de lo habitual en Castilla o Aragón. Bastaría con mencionar los compromisos matrimoniales de sus hijos: la casa de Portugal, los Habsburgo y los Tudor. Nos encontramos no solo ante una patente y meridiana visión política de ambos gobernantes, sino ante la creencia ciega de ambos en el fortalecimiento de un estado moderno; todo ello después que se culminara la conquista del rei-

no de Granada. Es cierto que el nuevo continente vendría por añadidura —después de las campañas en el norte de África—, pero no lo es menos su providencial confianza en el proyecto colombino.

Al fallecer su abuelo materno Fernando, el joven príncipe Carlos de Habsburgo llega en 1517 a las costas asturianas para hacerse cargo de una de las más prometedoras y prósperas naciones de la nueva Europa. Cuando decide trasladarse a Alemania para hacerse cargo de la herencia de su abuelo paterno Maximiliano, las dificultades no habrían de hacerse esperar. El 20 de octubre de 1520 en Aquisgrán, ante la tumba de Carlomagno, fue coronado emperador —como lo había sido su abuelo— del Sacro Imperio Romano Germánico. El movimiento religioso iniciado por Martín Lutero en Wittenberg a finales de octubre de 1517, torna en problema menor, a pesar de su envergadura, el levantamiento comunero de Castilla y las germanías de los reinos de Valencia y Mallorca. Sus intereses políticos girarán a partir de entonces en torno de dos cuestiones de importancia capital: la reforma protestante, de una parte; y las relaciones con el papado, de otra. Sin olvidarse, claro está, de sus diferencias con Francisco I de Francia y con Enrique VIII de Inglaterra. Si para el caso francés su resolución estaba en el campo de batalla (Pavía, 1525), para las relaciones con Enrique había que hilar mucho más fino y se necesitaba, además, la intervención de terceros. Una vez más, el Vaticano. Se trataba del papel que debía jugar, como sobrino que era de Catalina —reina de Inglaterra—, ante la anulación de matrimonio presentada por Enrique (1527) con el fin de poder celebrar su unión con Ana Bolena.

Como es sabido, la Dieta de Worms (1521), presidida por el flamante Emperador, provocó la primera gran división entre los príncipes alemanes. El compromiso del joven monarca con el papa Médici había sido firme: combatir las doctrinas de Lutero; sin embargo, el espíritu de la reforma protestante había calado con virulencia inusitada en algunas comunidades antes de la celebración de la dieta. El rumbo de la historia tal vez hubiera sido otro si el papado de Adriano VI, preceptor de

Carlos en su Gante natal, se hubiese dilatado en el tiempo y su política de austeridad frente a sus predecesores se hubiera consolidado. La elección de Clemente VII (1523), un nuevo Médici, cambió por completo el signo de las cosas.

El cultivo del humanismo en la Florencia de la familia Médici —atendiendo ahora a factores de orden cultural— ayudó sobremanera a dibujar un nuevo modelo social. Una pujante burguesía afianzaba su poder frente a la nobleza. Ante las prerrogativas sociales por razones de cuna (*nobilitas*), se consolidaba con justicia el merito individual (*virtus*), esto es, la aristocracia del intelecto frente a la aristocracia de la sangre. Y con ello, el mecenazgo. El esplendor que rodeaba a Lorenzo el Magnífico no hubiera alcanzado las cotas a las que llegó de no proteger —como lo hizo— el cultivo de las artes y —no lo olvidemos— de las letras, ambas unidas, afortunadamente, en aras de nuestra irrenunciable identidad. La historia del arte y el humanismo se verían mermados en sus esencias sin nombres como Sandro Boticelli, Domenico Ghirlandaio, Marsilio Ficino, Angelo Poliziano, Giovanni Pico della Mirandola... Ninguno de sus predecesores allegó tantos fondos clásicos a lo que después sería la Biblioteca Laurenciana.

El cardenal Giuliano della Rovere, pontífice máximo bajo el título de Julio II, quiere trasladar a la colina vaticana todo ese universo plástico que en las décadas precedentes había modelado la recia personalidad de la vecina Florencia. Roma se convierte durante su pontificado en el centro neurálgico del arte de su tiempo. En tanto pone en manos de Donato Bramante la construcción de la nueva basílica de San Pedro (1506), encarga a Rafael Sanzio la decoración de las *stanze* vaticanas (1508) y encomienda a Miguel Ángel Bounarroti (1509) los frescos de la bóveda de cañón de la Capilla Sixtina. Si junto a los grandes profetas aparecen en los lunetos de la Sixtina las sibilas Cuma, Déléphica, Eritrea, Líbica y Persea, en la *stanza della signatura* ocupan sus paredes, amén de *La disputa del Sacramento*, *La Escuela de Atenas* en representación de la Filosofía, *Triboniano VI con el Pandectas* (junto a Gregorio IX y las *decretales pontificas*) para representar el Derecho y en última instancia, *El Parnaso* como

expresión de la Poesía. El sincretismo entre la cultura clásica (*bonae litterae*) y la cultura judeocristiana (*sacrae litterae*) se hacía patente en el mayor centro de referencia de la Europa de su tiempo.

Por estos años el humanismo, con vías de difusión más expeditas, había cruzado los Alpes y arraigado con fuerza entre determinados grupos de estudiosos e intelectuales europeos. Desde los primeros años del Quinientos será el humanista Desiderio Erasmo de Rotterdam quien marcará las pautas de conducta no solo de monarcas y hombres de armas, sino también de determinados sectores del clero, la nobleza y un pueblo llano deseoso de una vida religiosa interior. Por razones que no vienen ahora al caso, su influencia fue decisiva tanto en España como en el pensamiento mismo de Carlos de Habsburgo. Y como no podía ser menos, en el mismo Lutero. Las ideas de Erasmo, y con él las del español Juan Luis Vives, conjugan de forma magistral ese sincretismo entre los *studia humanitatis* y las *sacrae litterae*, esto es, el llamado humanismo cristiano.

A las obras de Erasmo se les dispensaba por lo general una excelente acogida, desde los *Adagios* (1500) hasta sus conocidísimos *Coloquios* (1518), en cuanto obras de mayor difusión. No lo fueron menos el *Enchiridion militis christiani* (1503), *Stultitiae laus* (1511), su edición —con traducción latina y notas— del texto griego del *Nuevo Testamento* (1516) —clave para la traducción alemana que a los pocos años hiciera Lutero— o su *Institutio principis christiani* (1517), dedicado precisamente al joven Carlos de Habsburgo, de quien era consejero.

No parece, por tanto, que debamos dudar de la decisiva influencia de esta vinculación entre ambos para justificar el calado de las ideas de Erasmo en España, aunque sus obras no llegaran a traducirse al español hasta 1516. Y todo esto muy a pesar de su lapidaria frase *Non placet Hispania*, cuando le escribía a Tomás Moro justificándole el rechazo a la invitación del cardenal Cisneros para colaborar en la *Biblia Políglota Complutense*. Lo cierto es que contó con nutridos grupos de seguidores, especialmente en Sevilla, Alcalá y Valladolid, así como entre

los hermanos Valdés. Alfonso de Valdés, secretario de cartas latinas de Carlos de Habsburgo, jugó un decisivo papel en la proyección hispánica de las ideas del báltico.

Como demostrara hace años José Luis Abellán en *El erasmismo español* (1976), *Institutio principis christiani* determina la concepción imperial de Carlos. El objetivo del emperador, según Erasmo, no debe ser otro que la unidad espiritual cristiana. Las miras no deben ser las de un jefe político, sino las de un jefe espiritual que procure la concordia entre las diferentes naciones con el fin de lograr «un frente común contra los verdaderos enemigos del cristianismo: los turcos» (p. 112). Hubo, sin embargo, que lamentar *il sacco di Roma*. Después que las tropas del Emperador abandonaron la ciudad tras diez meses de ocupación, Erasmo en *Ciceronianus sive De optimo genere dicendi* (1528) pone en boca de Buléforo estas estremecedoras palabras:

Paganismo es, créeme, Nosopono; puro paganismo ese movimiento so capa de Cicerón. Nominalmente somos cristianos; nuestro cuerpo tiñóse de las aguas bautismales; pero nuestra mente sigue sin lavar; la frente tenemos signada con la cruz; pero nuestro espíritu abomina de la cruz; en la boca llevamos el nombre de Jesús; pero en el pecho albergamos a Rómulo y a Júpiter Optimo Máximo [...] Si alguna vez en Roma te asomaste a los museos de los ciceronianos, recuerda ahora, por favor, donde viste la imagen del Crucificado, o de la Trinidad, o de los Apóstoles; todos los hallaste abarrotados de monumentos del paganismo. Y en las «tablas», obras maestras de la pintura más arrebatan nuestros ojos Júpiter descendiendo por el impluvio en el gremio de Dánae que el Arcángel Gabriel comunicando a la Virgen María la Encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo. Más vivo deleite produce Ganimedes, arrebatado por el águila, que la Ascensión de Cristo a los cielos; más sabrosamente detienen y apacientan nuestros ojos las Bacanales y las Terminales que rezuman torpezas y obscenidades, que Lázaro restituido a la vida o que Cristo bautizado por Juan. Estos son los misterios que se esconden bajo el velo del ciceronianismo (*Obras escogidas*, Madrid, Aguilar, 1960, pp. 1214b-1215b).

Los recientes acontecimientos y las palabras del intelectual más influyente del momento barruntaban que el programa humanista pudiera acabar haciendo aguas. El mismísimo Alfonso de Valdés, en su *Diálogo de Lactancio y un arcediano* (o *De las*

cosas ocurridas en Roma) se expresaba apenas dos años después de modo muy similar: ironizaba sobre ciertas iglesias que antes parecieran templos dedicados a Marte que a nuestro Salvador.

En el ámbito político, el paso más importante, tras los sucesos de Roma, lo da el propio Clemente VII, quien accede a trasladarse a Bolonia para coronar emperador a Carlos (1530). Las relaciones entre la corona y el papado se van encauzando hacía un objetivo común: el turco. Tropas españolas y germánicas toman La Goleta y Túnez para asegurar sus posiciones en el Mediterráneo. En el interior de Europa, mientras tanto, y tras la Conferencia de Augsburgo (1530), surgen nuevos grupos de católicos disidentes. La Iglesia de Roma no puede dilatar más la convocatoria de un concilio. Es necesario hacer frente a los acontecimientos que se han vivido en las dos últimas décadas, como de igual modo se hacía necesario atender las voces de cuantos venían reclamando insistentemente una reforma de la Iglesia Católica. En 1536 se proclama el Concilio de Trento.

Un 5 de abril de 1536 el Emperador, ya en el pontificado de Paulo III, hace su entrada triunfal en Roma. En Porta Capena (vía Apia) podía leerse la siguiente inscripción: *Carolo. V. Rom. Imp. Semper Augusto, tertio Africano*. Como señala René Chastel:

Quedaba aclarada [la inscripción] por el decorado de las dos torres, donde podían verse los triunfos de los dos Escipiones, el vencedor de Aníbal y el destructor de Cartago. La victoria de África, que convertía a Carlos en el tercer Escipión, ocupaba así su lugar en la gloriosa historia de Roma (*El saco de Roma*, 1527, Madrid, Espasa-Calpe, 1986, p. 224).

Las sesiones conciliares transcurren en dos etapas encerradas entre los años de 1545 y 1563. El problema protestante se atenúa levemente con el *Interim* de Augsburgo (1548) y queda a la espera de las resoluciones emanadas de los expertos reunidos en Trento. Transcurren los años en los que el Emperador ha dejado los asuntos de España en manos de su hijo Felipe (1543), mientras que él atiende los territorios heredados por parte de su abuelo Maximiliano. En España, en tanto, se empiezan a percibir los efectos colaterales de la convocatoria tridentina: el cardenal Siliceo, a la sazón Arzobispo de Toledo, se empeña en

implantar el estatuto de limpieza de sangre. Consigue el apoyo de Paulo III (1548) y la posterior confirmación de Felipe II desde Bruselas en 1556. A partir de esta fecha la práctica se generaliza a nivel nacional en diversas instituciones eclesiásticas y civiles.

El 25 de octubre de 1555 el Emperador había abdicado en su hijo Felipe. A los asuntos relativos a España se sumaban ahora los que afectaban a los Países Bajos.

La presencia de los españoles en el reino de Nápoles no dejaba de inquietar al papado. Paulo IV, napolitano y antihabsburguista, pide a su aliado francés, Enrique II, que marche sobre Nápoles. El duque de Alba, virrey, sale a su encuentro y vence a las tropas francesas. La entrada en Roma del ejército napolitano al mando del duque hace temer un nuevo saqueo. Hemos de reconocer que tanto la predisposición del ejército como el estado de la curia presentaban en ese momento circunstancias completamente diferentes a las que concurren treinta años antes.

El hostigamiento de Francia hacia los Habsburgo volvía a hacerse ahora patente en la frontera con los Países Bajos. El 10 de agosto de 1557, día de san Lorenzo, tiene lugar la batalla de San Quintín, el 27 del mismo mes el asalto a la ciudad y un año más tarde la contienda de Gravelinas. Las tres acciones fueron favorables al ejército de Felipe. Por vez primera se vislumbra la paz entre los Habsburgo y la monarquía francesa, lo que supondría una mayor estabilidad para Europa. Así es, la Paz de Cateau-Cambrésis (1559) pone fin a casi un siglo de tensiones entre españoles y franceses. Al haber enviudado el rey de su matrimonio con María Tudor (1558), su tía, se conciertan nuevas nupcias con Isabel de Valois (1559), hija mayor de los reyes de Francia. El Emperador había muerto en Yuste (Cáceres) el 21 de septiembre del año anterior.

En septiembre de 1559 Felipe regresa de forma definitiva a España tras dos largas estancias en diversas capitales europeas (1548-1551/1554-1559). Ha tenido la oportunidad de visitar Trento tanto en su viaje de ida (1548) como de regreso (1551) a Bruselas. En ambas ocasiones tuvo la oportunidad de departir, según cuenta Henry Kamen en su último trabajo sobre el Rey

Prudente (*El enigma del Escorial*, Madrid, Espasa, 2009), con los obispos y teólogos de los territorios imperiales. Durante estos ocho años fuera de España ha vivido muy de cerca, junto al Emperador, el conflicto con los luteranos, las extensiones calvinistas... y, poco antes de su regreso, el descubrimiento de los focos luteranos de Valladolid y Sevilla (1557-1559). Así pues, antes de finalizar el año, el rey firma en Aranjuez (22 de noviembre) la pragmática por la que «prohíbe a sus súbditos de España salir a estudiar o enseñar en centros académicos del extranjero, y a los que estuvieran ya en ellos les manda regresar en el plazo de cuatro meses, exceptuando las Universidades de Portugal, Roma, el Colegio Español de Bolonia y la Universidad de Nápoles». Se aducen las siguientes razones:

Como quiera que en estos reinos hay muy insignes Universidades, Estudios y Colegios donde se enseñan, aprenden y estudian todas las artes y facultades y ciencias, en las cuales hay personas muy doctas y suficientes en todas ciencias que leen y enseñan las dichas facultades, todavía muchos de los nuestros súbditos y naturales, frailes, clérigos y legos salen y van a estudiar y aprender a otras Universidades fuera de estos reinos, de que ha resultado que en las Universidades y Estudios de ellos no hay el concurso y frecuencia de estudiantes que habría y que las dichas Universidades van de cada día en gran disminución y quiebra. Y otrosí los dichos nuestros súbditos que salen fuera de estos reinos a estudiar allende del trabajo, costas y peligros, con la comunicación de los extranjeros y de otras naciones se divierten y distraen y vienen en otros inconvenientes. Y que así mismo la cantidad de dineros que por esta causa se sacan y se expende fuera de estos reinos es grande de que al bien público de este reino se sigue daño y perjuicio notable (Vicente Beltrán de Heredia, *Cartulario de la Universidad de Salamanca (1218-1600)*, IV, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1972, pp. 70-71).

Quedaban exceptuados de tan dramática decisión los súbditos de Aragón, Cataluña y Valencia.

Hemos de añadir a esto que el primer *index librorum prohibitorum* en cuanto tal, dado que se conocen algunas relaciones desde 1540 y hasta 1551, aparece en Valladolid en este mismo año de 1559: *Catalogus librorum qui prohibentur*, cuando Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla, se desempeñaba como Inquisidor General.

Conviene saber, en fin, que hasta 1565 Felipe II no recibiría oficialmente los decretos del Concilio de Trento (cf. Kamen, 2009: 255), sin embargo la monarquía española se comprometió tácitamente con la reforma tridentina y se anticipó con medidas como las que acabamos de ver. La culminación de ese compromiso multisecular, que no centenario, con la Iglesia de Cristo no se haría esperar. Basta para el caso con un testimonio de excepción, el de uno de los soldados que formaba parte de la flota que logró frenar definitivamente el avance de los turcos otomanos:

Este que veis aquí [...] llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperaban ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto, de felice memoria (Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, [1613] 2005, p. 17).

Por el contrario, la ansiada paz entre los príncipes cristianos estaba cada vez más lejos. Se había conseguido, de una parte, la estabilidad con Francia (Cateau-Cambrésis, 1559) y la Liga Santa había hecho desistir al turco de sus vanos intentos por conquistar Europa (Lepanto, 1571), cuando, de otra, se abre un nuevo frente entre españoles e ingleses por el acoso de la piratería a los galeones de Indias y a las costas de Flandes (1585-1604). La Armada Española en su empeño por demostrar la superioridad naval frente a Inglaterra fracasa estrepitosamente en el Canal de la Mancha —precisamente cerca de Gravelinas— un 8 de agosto de 1588.

La guerra alejaba de nuevo toda posibilidad de concordia universal entre los príncipes cristianos. El espíritu de la *Querela pacis* (1516) erasmiana se desvanecía una vez más. Cuando —como vamos a ver de inmediato— los erasmistas españoles mostraban sus anhelos de paz cuando el heredero del Emperador apenas si contaba con nueve años. Bernardo Pérez de Chinchón, fiel discípulo y traductor de Erasmo, cierra con estas pa-

labras la dedicatoria al príncipe Felipe de su traslado al español de la obra de Galeazzo Flavio Capella, *De bello Mediolanensi seu De rebus gestis pro restituione Franc. Sfortiae II, ab anno 1521, usque ad 1530* (1531):

Nuestro Señor guarde a la Sacra Cathólica Cesárea Magestad del Emperador, nuestro señor, para que acabe la conquista del mundo y se haga pacífico monarca y os dexee a vos tan prosperado en sus reynos como David dexó al rey Salomón en los suyos. Amen (Bernardo Pérez de Chinchón, *Historia de las cosas que han pasado en Italia*, Valencia, 1536: IIv.)

Era inevitable el referente bíblico para con los monarcas españoles en razón del parentesco y de las hazañas de ambos progenitores, mayores dificultades, sin embargo, planteaba que los dilatados reinados de ambos vástagos lograran mantener la paz de forma permanente y duradera. Mientras que el sabio Salomón vivió sin grandes sobresaltos las seis décadas de su corona, nuestro Rey Prudente, en su medio siglo como gobernante, contó —como acabamos de ver— con no pocas idas y venidas.

Esta temprana identificación de Felipe con Salomón permite que dirijamos nuestra mirada hacia la construcción más emblemática del monarca español: San Lorenzo el Real, un conjunto monumental emplazado en la sierra de Madrid y cargado de misterio y leyenda casi desde sus mismos orígenes, si no lo es todo el conjunto sí al menos la construcción de la basílica que se encierra entre los muros de toda su real fábrica. René Taylor sugirió hace casi medio siglo que para la construcción de la basílica de San Lorenzo se había tomado como modelo el Templo de Salomón:

Existen varios indicios que parecen reforzar esta tesis. Entre ellos se podría mencionar la planta en ángulos rectos, la posición de la iglesia dentro del conjunto y la presencia en la fachada de las efigies de los reyes de Israel. Tenemos, además, la afirmación en ese sentido del padre Sigüenza. Se refiere a El Escorial como «otro Templo de Salomón, al que nuestro patrón y fundador quiso imitar en esta obra». Se ha querido restar importancia a las palabras del fraile alegando que solo se trata de un símil, pero otros escritores anteriores a Sigüenza repiten lo mismo y, como veremos, de modo mucho más rotundo que el cronista jerónimo (*Arquitectura y magia*, Madrid, Siruela, 1992, p. 48).

Del Templo de Salomón, después de la nueva reconstrucción de Herodes el Grande y la posterior destrucción de Tito en el año 70 d.C., no se conservaba a la sazón nada más que el Muro de las Lamentaciones. Dos jesuitas andaluces, los padres Jerónimo de Prado, baezano, y Juan Bautista Villalpando, cordobés, desarrollarán en la Roma del Quinientos las investigaciones pertinentes para que la fábrica escurialense sea fiel reflejo de los dictados de Dios revelados al profeta Ezequiel.

Volvamos por un momento a la Capilla Sixtina. Miguel Ángel había trabajado para el papa Julio II la bóveda. En esta ocasión es Paulo III, el pontífice que convoca e inicia el Concilio de Trento, quien le pide que se encargue de los frescos del altar. El pintor florentino termina *El juicio final* el año 1541. El concilio tridentino concluye apenas veintidós años más tarde. Entre la disposiciones conciliares se recomienda un mayor decoro en las representaciones artísticas de figuras sacras y de aquellas otras que intervengan en las composiciones religiosas. Baste decir que una de las primeras actuaciones se encaminó a cubrir con un velo las desnudeces del impresionante conjunto de Miguel Ángel.

La conclusión no puede ser más descorazonadora. Ni los erasmistas vieron cumplido el sueño de una concordia universal, ni el arte pudo seguir libremente los caminos explorados por aquellas irrepetibles figuras del Renacimiento italiano. Es más, sus discípulos incluso llegarían a ver la férrea mano del censor velando las desnudeces, cuando no, el propio discípulo, como ocurriera con Daniele da Volterra, Il Braghettone. En la historiografía española se habla de la atonía del humanismo español en esta segunda mitad del siglo.

De nuestro apasionante y complejo siglo XVI he procurado traer a estas páginas, bien que con la brevedad que impone el género, aquellos aspectos de la centuria que mejor convienen al asunto de este libro.

En *El solar del privado* se nos narra cómo Francisco de los Cobos, el personaje más influyente en la corte de Carlos V según sus coetáneos, deja en manos del deán Ortega, su hombre de confianza, la construcción del Salvador en Úbeda como capilla

mayorazgo y futuro panteón familiar. El lector asiste con verdadero placer, mediante la recreación dialogada, a un recorrido por la historia de la familia entre el apogeo de su privanza y la muerte de su viuda, María de Mendoza, ocurrida cuarenta años después que la de su esposo; y con ella, a los acontecimientos más destacados de la época imperial y del reinado de Felipe II. Cobran vida en las páginas de este libro los verdaderos artífices de la obra: Andrés de Vandelvira, arquitecto, Esteban Jamete, escultor, y el deán Ortega, su mentor. De su mano recorrerá el lector el programa escultórico de la Sacra Capilla, muestra evidente del sincretismo renacentista, y enmudecerá ante las trabas ideológicas que preludian las nuevas corrientes. En la historia de Europa se han sucedido una serie de acontecimientos que orientan por otros derroteros el desarrollo de las artes y de las letras impulsado por el Renacimiento italiano. Las disposiciones finales del Concilio de Trento afectan no solo a lo estrictamente religioso, íntimo y espiritual, sino que lo impregnan todo: las artes, las buenas letras, las ciencias... Se suman a esta historia personajes como Luis de Carvajal, teólogo antierasmista, Francisco Toral, primer obispo del Yucatán entre los mayas, Diego Pérez de Valdivia, rector de la vecina Universidad de Baeza, Isabel y Leonor la Beata, hermanas de Cobos, Alexia, la esclava negra ya manumitida, Esteban, fámullo del deán, ya tridentino, así como el primer capellán del Hospital de Santiago, don Pedro Becerra, y el propio obispo de Jaén, Diego de los Cobos, sobrino del privado. Y junto a ellos, hombres de armas de la talla de Hernando Cortés, Hurtado de Mendoza, Alfonso de Ávalos... o aventureros como don Alonso Enríquez de Guzmán y santos como Francisco de Borja, IV duque de Gandía. Un recorrido, en fin, por cuatro décadas de nuestra historia (1541-1581), por una etapa de nuestro pasado que en buena medida encierra las claves de al menos los dos siglos venideros.

El solar del privado, por medio de la recreación literaria y tomando como referente la construcción y consagración de la Sacra Capilla del Salvador, vuelve a la vida esta galería de personajes decisivos en la historia de Europa y de España. Se han

revivido con ellos otros actores, aunque de menor calado, imprescindibles, sin duda, para conseguir que los hechos narrados asombren por su verismo y arrastren al lector hasta el centro del escenario. No se trata, en el caso de Joaquín Montes, de acudir a la máxima que suele regir las recreaciones dialogadas de hechos históricos: la novela histórica no ha de ser necesariamente histórica, basta con que sea verosímilmente histórica. En *El solar del privado* la recreación se ha llevado a cabo a partir de un estudio minucioso de todos y cada uno de los personajes y sus secundarios. Las voces de los protagonistas surgen de sus propios escritos o de cuantos testimonios hayan quedado recogidos en documentos de su tiempo. Hay algo en este sentido que no podemos olvidar: las precisas indicaciones del autor en la bibliografía justificando las fuentes de su recreación, prueba más que evidente del rigor que revisten las páginas que siguen. Y como activo invaluable, la probada objetividad de la narración a pesar del ejercicio literario al que se somete el autor, y con ello, el recurso del diálogo —viva y genuina expresión de la prosa renacentista.

Ante una obra de estas características, cuando el lector lee expresiones como *recreación literaria, vuelve a la vida, personajes, secundarios, escenario...* puede ser tentado a pensar que el genio creador se impone al principio de objetividad del estudioso de la historia social y del arte, máxime cuando se conoce la trayectoria científica de Joaquín Montes. Nada más lejos de la realidad. El autor huye en todo momento de los devaneos literarios y se ciñe con rigor a los acontecimientos que narra.

Paciente lector, toda vez que en radical soledad te hayas entregado a la lectura de *El solar del privado* sin apartarte del camino por el que su autor te guía —podrías hacerlo en una segunda lectura—, vendrás con Buléforo a concluir que «el bien decir requiere principalmente dos condiciones: primera, conocer a fondo la materia de que se ha de tratar; segundo, que el razonamiento se haga al dictado del corazón y del afecto». Vale.